



IMAGEN Y PROPAGANDA EN LOS CONFLICTOS RELIGIOSOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

De la Furia española a los saqueos de Magdeburgo y Tirllemont

Image and propaganda in the religious conflicts of the 16th and 17th centuries: from the Spanish fury to the plundering of Magdeburg and Tirllemont

ASUNCION RETORTILLO ATIENZA², CATALINA SOTO DE PRADO OTERO¹, CRISTINA BORREGUERO BELTRÁN²

¹ Universidad de Valladolid, España

² Universidad de Burgos, España

KEY WORDS

*Modern history
War propaganda
Looting
Eighty Years' war
Thirty Years' War*

ABSTRACT

This work aims to show the strength of propaganda in the religious conflicts of the late 16th and first half of the 17th century through the many images that have survived. The rulers, particularly Protestants, sharpened their skillful propaganda machinery using the image as a fundamental element for the creation of an "Antihabsburg" visual culture. The brutality of looting was especially used as a thrown weapon to shape European "public opinion" against enemy States and armies. The analysis of films and engravings of the time, as well as of the literature, reveals not only the deliberate construction of a propaganda, but also of myths, stereotyped visions and national clichés that are still repeated today.

PALABRAS CLAVE

*Historia moderna
Propaganda bélica
Saqueos
Guerra de los ochenta años
Guerra de los treinta años*

RESUMEN

Este trabajo tiene como objetivo mostrar la pujanza de la propaganda en los conflictos religiosos de finales del siglo XVI y primera mitad del XVII a través de las numerosas imágenes que han pervivido. Los gobernantes, particularmente protestantes, afilaron sus hábiles maquinarias propagandísticas empleando la imagen como elemento fundamental para la creación de una cultura visual "antihabsburgo". Especialmente se utilizó la brutalidad de los saqueos como arma arrojada para moldear la "opinión pública" europea contra los estados y ejércitos enemigos asaltantes. El análisis de láminas y grabados de la época, como también de la literatura, desvela no sólo la construcción deliberada de una propaganda sino también de mitos, visiones estereotipadas y tópicos nacionales que aún hoy se repiten.

1. Introducción

Los fueron los conflictos europeos más violentos de la época moderna y los que más influyeron en el desarrollo del arte de la guerra. El primero, que duró ochenta años (1568-1648), fue considerado por los coetáneos como la *Escuela de Marte* debido a las innovaciones que produjo. En aquella contienda emergieron numerosos cambios en el modo de combatir que se consolidarían en el siglo XVII, durante el segundo gran conflicto de aquellas centurias, la guerra de los Treinta Años (1618-1648). Pero además de numerosas creaciones tecnológicas, se desarrolló ampliamente el uso de la propaganda como arma de combate.

Como indica el tratadista militar español del siglo XVII, Diego Enríquez de Villegas, *de los medios ofensivos nacieron los defensivos*¹. Ciertamente, en el desarrollo de la tecnología tanto ofensiva como defensiva surgieron no solo nuevos medios, sino también nuevos conceptos tácticos. Por ejemplo, las voces sitiar, cercar, expugnar, utilizadas con tanta frecuencia en la guerra, aunque puedan parecer similares, cada una de ellas tenía un significado preciso en el arte militar. Mientras expugnar era el hecho de tomar por las armas una ciudad, plaza o castillo, sitiar o cercar era uno de los procedimientos utilizados para ello.

Según el observador inglés William Davison, tras la conquista de Gembloux en 1578 don Juan de Austria exclamó: *una ciudad bien defendida basta para arruinar un poderoso ejército*². Por ello, los conflictos militares de la época moderna cambiaron la fisonomía de las ciudades. La mayor capacidad de fuego de los ejércitos obligó a muchas poblaciones a reforzar sus defensas creando nuevas estructuras capaces de defender a sus habitantes de los ataques enemigos exteriores portadores de más numerosas y potentes armas de fuego. Ante el creciente y devastador poder de la artillería fue necesario encontrar soluciones poliorcéticas³. La mayor precisión y alcance de los proyectiles hizo inevitable responder con trazas⁴ más poderosas y resistentes que, dotadas de baluartes⁵ para emplazar la artillería, diesen respuesta al fuego enemigo. Esta no sólo debía poder batir el entorno inmediato a la fortificación, sino también castigar los emplazamientos de la artillería enemiga, lo que suponía la creación de estructuras defensivas de gran complejidad⁶.

¹ Enríquez de Villegas, 1651, p. 1.

² Lynn, 2006, p. 509.

³ La poliorcética es el conjunto de técnicas y disposiciones destinadas a la expugnación o defensa de plazas fuertes.

⁴ Traza: Obra arquitectónica de ingeniería.

⁵ Baluarte: Construcción o recinto fortificado creado para resistir ataques enemigos que tradicionalmente tenía forma pentagonal y sobresalía de los paños de una muralla.

⁶ Mora Piris, 2010, p. 131.

Los sistemas defensivos comenzaron a utilizarse por primera vez en las guerras italianas del Cuatrocento. Su estructura, diseñada para la defensa de las ciudades, fue evolucionando desde la planta pentagonal en el siglo XV hacia formas geométricas más complejas en los siglos posteriores. Con esa transformación se produjo también la disminución de la altura de las murallas, el incremento de su grosor y la colocación de escarpes en talud. Asimismo, se aumentó la profundidad y anchura del foso, se le añadieron fortificaciones abaluartadas que con algunas modificaciones estuvieron vigentes hasta el siglo XIX⁷.

Debido a estas características, tales fortificaciones no podían ser tomadas por el ejército asaltante como una impetuosa tormenta que se abate sobre una ciudad, sino con un método concreto muy estudiado y definido: el asedio. En 1572, en la ciudad de Mons, el duque de Alba hizo el primer uso sistemático y completo de lo que se denominarían líneas de asedio que, a partir de ese momento, se volvieron esenciales.

Las relaciones legales entre los expugnadores y sitiados o, si se quiere, entre los sitiadores y asediados, adquirieron una nueva dimensión a partir de entonces. Las leyes de la guerra empezaron a puntualizar si el saqueo militar era llevado a cabo “en relación con o en ausencia de” una batalla. Comenzaba a ser importante y, por ello, era preciso señalar la evidente diferencia ética entre la acción contra los soldados enemigos o los súbditos pacíficos del príncipe adversario. Numerosos reglamentos militares del siglo XVI prohibieron el saqueo indiscriminado de las ciudades. Bajo estos presupuestos, una localidad solo podía ser legalmente saqueada si, tras negarse a su rendición, y a la garantía de no ser arrasada, era tomada por asalto y capturada⁸.

Junto a las innovaciones tecnológicas, se desarrolló también una poderosa arma de guerra – la propaganda – que algunos gobernantes infravaloraron inicialmente pero que mostró llevar consigo un formidable y largo impacto. Uno de los mejores vehículos de esta propaganda europea fueron los panfletos que, al ofrecer información y detalles sobre hechos y acontecimientos políticos y bélicos, se convirtieron en un medio de comunicación muy útil por su facilidad en multiplicarse y difundirse. Muchos de estos panfletos desarrollaron una corriente de opinión en Europa que presentaba a los españoles – y especialmente a sus militares – como crueles y sanguinarios. Uno de los factores fundamentales que ayudó a la rápida expansión de esta visión negativa fue “la fuerza de lo impreso”, pues solía considerarse más veraz que los rumores o la comunicación oral, además de permanecer más tiempo y asumir la función de la “memoria”. Esta

⁷ Vid. Cámara Muñoz, 2013, pp. 342-372.

⁸ Cavina, 2014, p. 5.

propaganda iba destinada a los protestantes moderados de Alemania, a los que se intentaba convencer de que la rebelión que estalló en Bohemia en 1618 fue debida a las nefastas acciones de los Habsburgo en Europa y, por tanto, debía ser entendida como una insurrección legítima.

El estudio de esta propaganda panfletaria en la que se incluyen grabados, dibujos y pinturas constituye un ejemplo de los avances historiográficos de las últimas décadas en los que es bien perceptible un ascenso del denominado giro visual. El uso de las imágenes como documento histórico está adquiriendo gran fuerza en la investigación histórica, en parte debido a que la sociedad actual es progresivamente mucho más visual. Estas pinturas, grabados, panfletos, pasquines, etc. son productos sensibles de una época y como tales deben ser utilizados. Su valor va más allá de su calidad técnica puesto que radica en lo que representan y no tanto en su formato, o en su modo de producción o elaboración. En cuanto al contenido, la propaganda antihabsbúrgica y antihispana forma parte de los estudios que en las últimas décadas se han centrado en desmontar los estereotipos creados en torno a hechos concretos.

2. El Saco de Amberes o “la Furia española”, 1576

Ninguna nación se ha quejado de España con más amargura y vehemencia que la neerlandesa. La variante de la leyenda negra procedente de Holanda es la más exaltada, en parte, como resultado de la propaganda y la mitificación creadas mediante una tremenda exageración de la realidad. La imagen generada en torno a los soldados españoles es en gran parte resultado de ello⁹. Las atrocidades de guerra cometidas por el ejército de Felipe II en los Países Bajos durante el siglo XVI están tan arraigadas en la memoria colectiva de las sociedades belga y holandesa que generalmente asumen que la firma de esta historia está presente en sus ancestros genéticos. Los estereotipos que surgieron hace más de cuatrocientos años persisten aún hoy cuando en fecha tan reciente como el año 2012 se inauguró un monumento a la figura de Guillermo de Orange en un parque de Amberes. En la escultura se justifica la rebelión de Holanda por los saqueos, robos y asesinatos cometidos por los soldados españoles en esa ciudad. Esto constituye una clara distorsión de la realidad histórica puesto que el saco de Amberes debe enmarcarse no como causa sino como consecuencia de la sublevación de parte de las Provincias del Norte encabezada por Orange entre otros.

Los acontecimientos que sucedieron en Amberes entre los días 4 a 7 de noviembre de 1576 han pasado a la historia con el apellido de “furia

española”. Con posterioridad a estos hechos se definió como *furias* a las tomas de las ciudades en los primeros años del levantamiento holandés que fueron acompañadas por saqueos, violaciones, asesinatos y mucha violencia independientemente de la nacionalidad del atacante. Por ejemplo, la “furia de Lier” estalló cuando la ciudad fue liberada de los calvinistas con el apoyo de los ciudadanos de Amberes y Mechelaars el 14 de octubre de 1595 o la “furia inglesa” de Malinas cuando el 9 de abril de 1580 las tropas escocesas dirigidas por William Stuart, las valonas de Oliver van der Timpel y las inglesas de Eduard Norris saquearon la ciudad destruyendo sus tesoros religiosos¹⁰.

El periodo que dio lugar al concepto de “leyenda negra” se circunscribe al reinado de Felipe II y especialmente al gobierno del duque de Alba y su dura política represiva durante su gobierno en Bruselas entre 1567 y 1572. Sus acciones tuvieron gran eco entre las comunidades de exiliados neerlandeses de Alemania e Inglaterra que lo amplificaron y divulgaron por toda Europa. El año de 1576 fue especialmente difícil desde todo punto de vista en las 17 provincias que conformaban los Países Bajos españoles. La población estaba dividida entre católicos y protestantes; en ambos grupos existían partidarios de Felipe II y Guillermo de Orange y, por si fuera poco, estos subgrupos tenían a su vez partidarios transigentes e intransigentes. En conjunto, todos ellos formaban una masa amorfa que iba de un lado a otro zarandeada por los acontecimientos¹¹. Y en medio de ellos estaban los representantes del rey de España: el gobernador y los miembros de los Estados Generales. Las disensiones entre los políticos del Consejo de Estado y los mandos del ejército español llegaron en verano a un punto insostenible. Los primeros actuaron al margen de las disposiciones dejadas por el gobernador Requesens desoyendo sus órdenes militares, de hecho iniciaron contactos con enviados de Orange, sin la autorización del rey, para pacificar los territorios; los segundos, que formaban parte del contingente militar que llegó a Flandes con el duque de Alba, eran partidarios de continuar con la fuerza armada para solucionar el conflicto que había estallado en las provincias ocho años antes. Estos últimos estaban comandados por Sancho Dávila, castellano de la fortaleza de Amberes.

En julio de 1576, 1.600 soldados españoles, italianos y alemanes se amotinaron en Alost por falta de pagas. A ello se sumó la actitud levantisca de los naturales contra los españoles espoleada por las maquinaciones de Guillermo de Orange que originó una situación turbulenta e insegura en todo el territorio¹². A finales de octubre solo una

⁹ Schepper, 1992, p. 67-86.

¹⁰ Tracy, 2008, p. iii.

¹¹ Martínez Ruiz, 1973, p. 5-34.

¹² Id. p. 25.

provincia, Luxemburgo, permanecía fiel a España. Amberes era un bastión español imprescindible para cualquier dispositivo táctico, por ello los "rebeldes" comprendieron que ante todo debían capturar la ciudadela de Amberes con su castellano. Con este objetivo, Orange ordenó iniciar el asedio a la ciudadela, defendida por las tropas de Dávila, trazando unas débiles trincheras desde la ciudad al castillo apoyado por una parte de la población local. Felipe de Croy y Felipe de Egmont se presentaron allí poco después con 5.000 infantes y 1.200 soldados a caballo, la mayor parte de ellos reclutados en Alemania. El 3 de noviembre Dávila contactó con los de Alost que acudieron en su socorro junto con soldados españoles provenientes de Maastrich. El 4 de noviembre Dávila decidió salir del castillo y atacar, venciendo rápidamente a las fuerzas sitiadoras; con el mismo empuje que salieron de la fortaleza entraron en la ciudad para exterminar totalmente el peligro. Según algunas fuentes los muertos fueron unos dos mil, según otras setecientos. El saqueo de la ciudad duró tres días y en él tomó parte activa la población de Amberes y las tropas tudescas de Egmont que desertaron del enemigo al ver el cariz que tomaba el combate. El nuevo gobernador de los Países Bajos, don Juan de Austria, llegó a Bruselas pocos días después y una de sus primeras órdenes fue pedir a Sancho Dávila que restituyese en lo posible lo sustraído en Amberes durante los disturbios. Tras el saqueo, que duró tres días, los soldados alemanes de ambos bandos abandonaron la zona de conflicto y se extendieron hacia el sur por Brabante. A ellos se unieron los hombres, despedidos por los Estados Generales como siempre a finales del otoño, también alemanes en su mayoría. Durante todo el año de 1577 recorrieron el campo aterrorizando a la población y desvalijando las iglesias, de las que se llevaron hasta las campanas¹³.

Aunque los terribles sucesos que se produjeron en Amberes se han atribuido tradicionalmente a las tropas españolas, lo cierto es que en la actualidad esta aseveración sobre la "furia española" está sufriendo una profunda revisión. Fruto de la leyenda negra, creada en torno a relatos como este y otros similares, los soldados españoles de la época moderna han pasado a la historia como agresores sexuales extremos. Pero el impacto de la presencia de españoles durante la revuelta holandesa sobre la variación genética en los Países Bajos es algo que se puede cuantificar hoy en día. De hecho, un equipo multidisciplinar de la Universidad de Lovaina ha realizado un estudio en el que determina que, aunque la agresión sexual ocurrió en el siglo XVI, estas actividades no dejaron una huella genética "española" rastreada en el genoma autóctono de los Países Bajos. En opinión de estos investigadores la "leyenda negra" y la propaganda histórica sobre la

¹³ Van Houtte, 1952. pp. 89-108.

agresión sexual han nutrido las suposiciones incorrectas de hoy con respecto a la ascendencia genética belga y holandesa¹⁴.

Igualmente, están saliendo a la luz nuevos documentos que aportan más información sobre los hechos del 4 de noviembre de 1576 y se están analizando las fuentes que se utilizaron para difundir los acontecimientos sucedidos en Amberes en las fechas inmediatamente posteriores. Este nuevo enfoque vendría a poner de manifiesto que el saqueo de la ciudad no se produjo en exclusiva por soldados españoles, si no que el grueso de los hombres que participaron en los hechos serían mercenarios de origen alemán y valón. Por ejemplo, el documento titulado "*Estos son los problemas que estallaron entre los soldados valones y alemanes en la ciudadela de Amberes, comandados por el duque de Aerschot*" forma parte de un conjunto de avisos enviados por agentes de la familia Urbino que se conservan en archivos privados¹⁵. Este tipo de avisos o relaciones, especialmente abundantes en Italia, no son información procedente de personas directamente implicadas en los conflictos sino de agentes a sueldo de estas grandes familias. Esta circunstancia permite ofrecer una información de carácter político, económico o social de calidad, llegando a ser considerados como los pioneros del periodismo actual.

Otro documento importante en torno a los sucesos de Amberes es *The Spoyle of Antwerpe* escrito por el soldado inglés George Gascoigne. Este texto redactado en forma de biografía es considerado una de las fuentes más importantes y más citadas del saqueo de Amberes debido a la cantidad de pequeños detalles y anécdotas que incluye. El autor, un soldado inglés, se enroló en 1571 en un regimiento de las tropas holandesas comandadas por Orange. Según el hallazgo del historiador Raymond Fagel, Gascoigne copió la mayor parte del texto de su llamado *Informe de Testigos* de un folleto holandés preexistente titulado *The Warachtige beschrijvinghe van het innemen van Antwerpen* (Descripción bélica de la toma de Amberes) lo cual socava la autoridad del *Informe* en relación con la veracidad de los hechos narrados¹⁶.

Junto a los textos, no menos importantes fueron las imágenes. La obra del grabador Frans Hogenberg ha tenido una trascendencia fundamental en la difusión de la imagen y creación de una cultura visual propia sobre los hechos de Amberes. El autor publicó siete grandes grabados que fueron miniaturizados en una sola placa para

¹⁴ Larmuseau, 2018, p. 219-227.

¹⁵ Documento incluido en "Particolare relazione di nouvi tumulti suscittaati in Fiandra, Avvisi dell'anno 1576 all'anno 1577", en Van Houtte Hubert. *Un journal manuscrit intéressant (1557-1648)*. — *Les Avvisi du Fonds Urbinat et d'autres Fonds de la Bibliothèque Vaticane*. In: *Bulletin de la Commission royale d'histoire*. Académie royale de Belgique. Tome 89, 1925, p. 394.

¹⁶ Fagel, 2017, p. 101-110.

una distribución más barata y efectiva que tituló *De Spaanse furie te Antwerpen*. No hay una crónica pictórica neerlandesa del saqueo producida localmente que se pueda comparar con la de Hogenberg¹⁷. Estos grabados se inspiraron en otros suyos anteriores realizados hacia 1570-2 sobre el duque de Alba y sus supuestas atrocidades; en ellos se aprovechaban pasajes de la Biblia para poner de manifiesto los vicios y maldades del duque como, por ejemplo, la *Matanza de los Inocentes* en el que Herodes fue sustituido por el militar español. Otra obra que sin duda inspiró a Hogenberg -especialmente en las escenas más violentas- fue la de François Dubois sobre la *Matanza de San Bartolomé* perpetrada en París el 23 de agosto de 1572 contra los hugonotes franceses.

Todos estos grabados y pinturas de las furias formaban parte de un paisaje recordatorio, en el que los medios visuales, textuales y materiales juntos definían “la memoria de la rebelión”. Así, las pinturas de los asaltos y tomas de ciudades de forma violenta se convirtieron en un subgénero pictórico en el que la rebelión constituyó el elemento central¹⁸. Debido a las migraciones y los viajes de los holandeses, las reproducciones de estos grabados y pinturas se difundieron por toda Europa creando una cultura visual que perpetuó una idea distorsionada de los sucesos bélicos.

Imagen 1: *De Spaanse furie te Antwerpen in 1576*, Frans Hogenberg, 1577. Rijksmuseum, Amsterdam.



En su propaganda antiespañola, las Provincias Unidas en el siglo XVII aprovecharon obras de autores de origen español publicadas por o desde Alemania. Especialmente relevante fue el uso que los neerlandeses hicieron de la obra de Bartolomé de las Casas que, escrita con la finalidad de salvar a los indios americanos, fue tergiversada incluso en el título. Y, por si fuera poco, no se basaron en la obra original sino en una traducción francesa publicada en Amberes por los

partidarios de Orange¹⁹. A partir de 1618-1620, el libro del fraile dominico se publicó acompañado de otra obra titulada “*The Spaensche Tiranye gheschiet en Nederlant*” (El espejo de la tiranía española en los Países Bajos) ilustrada con las mencionadas imágenes de Frans Hogenberg y la furia española.

3. El escándalo de Magdeburgo, 1631

Si la furia de Amberes originó un discurso visual propagandístico de gran calado que ha llegado hasta la actualidad, lo que sucedió en Magdeburgo a partir del 10 de mayo de 1631 tuvo, si cabe, mayores repercusiones. Ciertamente, el saqueo de Magdeburgo pertenece a uno de los capítulos más oscuros y terribles de la Guerra de los Treinta Años que asoló Europa de 1618 a 1648. Este acontecimiento ha pasado a la historia con el nombre de “Magdeburger Bluthochzeit” o “bodas de sangre de Magdeburgo”.

Aunque los sucesos del desarrollo del sitio, la toma y el saqueo de aquella ciudad imperial están descritos en diversas obras, existen fuentes primarias y originales de la época de gran interés para el historiador. Principalmente destacan el *Theatrum Europaeum* -una obra histórica publicada en alemán en 16 volúmenes entre 1633 y 1738- del editor y grabador Matthäus Merian, y un “Diario”, el conocido *Tagebuch eines Söldners aus dem Dreißigjährigen Krieg* del soldado mercenario Peter Hagendorf, publicado por vez primera en el año 2007²⁰. Estos testimonios son piezas únicas al tratarse de testigos que transmiten su versión personal de los hechos. Asimismo, desde el ángulo de la población civil existen también dos testimonios oculares de relevancia que informan detalladamente del saqueo. Por un lado, el del conocido físico Otto von Guericke (1602-1686) quien, tras el asedio de Magdeburgo, se convirtió en alcalde de la ciudad y emprendió su reconstrucción²¹; por otro lado, el testimonio de Johann Daniel Friese, hijo del cronista de la ciudad de Magdeburgo, quien, con tan solo 12 años se vio obligado a huir con toda su familia, escapando de las tropas imperiales y del fuego que asolaba la ciudad²².

Los sucesos que ocurrieron en Magdeburgo en mayo de 1631 tuvieron para algunos historiadores

¹⁹ Schepper, 1992, p. 80

²⁰ Hagendorf presencié el saqueo de la ciudad desde el hospital a las afueras de Magdeburgo, ya que fue herido de bala. Por este motivo no aporta testimonio ocular presencial. Sin embargo, el capitán del ejército Georg Ackermann que en aquel entonces tenía 28 años, y estaba al servicio de Pappenheim, hace una detallada descripción de los hechos que completan los escasos datos proporcionados por Hagendorf. Cf. Volkholz, 1895.

²¹ Otto von Guericke escribe una historia de Magdeburgo en tres libros. El último de ellos lo dedica en gran parte al relato de la destrucción de la ciudad por las tropas imperiales. Cf. Von Guericke, 1860, o la reedición de Schneider, 1997, p. 56.

²² Friese, 1850.

¹⁷ Kunzle, 2002, p. 145.

¹⁸ Eekhout, 2014, pp. 243-266.

tanta trascendencia en la Guerra de los Treinta Años que lo calificaron como “die größte Einzelkatastrophe des gesamten Dreißigjährigen Kriegs” (“el mayor desastre de toda la Guerra de los Treinta Años”)²³. Hasta la I Guerra Mundial lo ocurrido en esta localidad se consideró un símbolo del horror de la guerra y la miseria humana. Al parecer no hubo batalla ni asedio a lo largo de este extenso conflicto que causara tantas bajas. Se calcula que, de los 30.000 habitantes de esta localidad imperial a orillas del Elba, murieron algo más de 20.000 tras el ataque de las tropas imperiales dirigidas por el conde de Tilly²⁴.

La magnitud de lo sucedido llevó a los propios coetáneos a ser conscientes del inicio de un nuevo periodo en la contienda. A partir de entonces, se desplegó una guerra de propaganda de dimensiones insospechadas. Lahne²⁵ ha podido contabilizar 41 *Flugblätter*²⁶ ilustradas y 205 impresos que surgieron tras el saqueo de Magdeburgo difundiendo por todo el continente y provocando horror e indignación.²⁷ Los escritos protestantes describían con profusión la tremenda crueldad de la soldadesca católica. Las octavillas que generaban los Habsburgo, por el contrario, hacían alusión a la decadencia de la ciudad como justo castigo divino por la apostasía. Ambos contendientes se inculpaban respectivamente de la destrucción ocasionada y de los miles de personas que habían perecido, de tal forma que nació un nuevo concepto “Magdeburgisieren” o “Magdeburguización”. Según Johannes Burkhardt²⁸, la destrucción de Magdeburgo se considera “uno de los primeros acontecimientos mediáticos” de la Modernidad. Por su parte, Pantle²⁹ considera que a pesar del gran número de documentos coetáneos en los que se describe lo que allí sucedió, en muchos de ellos es casi imposible separar los hechos fidedignos de la pura ficción. Probablemente, en aquel caos se producirían violaciones y terribles excesos de violencia; sin embargo, el autor cuestiona las descripciones de Friedrich Schiller sobre las atrocidades del ejército católico, citando particularmente el siguiente pasaje: “se encontraron a 53 mujeres decapitadas en una iglesia. Los croatas disfrutaban echando al fuego a los niños, los valones de Pappenheim ensartando a los lactantes a los pechos de sus madres”³⁰.

Desde el punto de vista periodístico, Magdeburgo constituyó un hito de enorme

importancia. Este acontecimiento encontró mucha resonancia en la publicística de la época, tanto desde el lado victorioso católico como por parte de los protestantes convirtiéndose en “expresión máxima y prototípica de los horrores del enfrentamiento bélico”³¹. La toma y saqueo de esta población se desplegó, sobre todo, en una propaganda visual protagonizada por las *Flugblätter* ilustradas y también por obras pictóricas de referencia en las que se hacía hincapié en varias descripciones de lo sucedido (Vid. Imagen 3).

Por una parte, aparece el componente sexual, pues en la mayoría de los casos “se trata de la descripción de Magdeburgo como una joven doncella dispuesta a enormes sacrificios para defender su honor, mientras que Johann Tserclaes, conde de Tilly (...) aparece como un viejo pretendiente que quiere imponerse sobre ella por la fuerza” (Vid. Imagen 4)³². Es interesante puntualizar que hasta el nombre de Magdeburgo hace referencia en alemán a una doncella³³ teniendo gran fuerza el uso de esta alegoría. También desde la visión protestante, Magdeburgo aparece como ciudad mártir. En la época de la Guerra de los Treinta Años “los contemporáneos pensaban que el sufrimiento extendido que experimentaban los cristianos era consecuencia del juicio de Dios (...) asociaban el sufrimiento con la Pasión de Cristo en la Cruz, de modo que sólo los justos podían sufrir”.³⁴

Así, Magdeburgo se convirtió en mártir del protestantismo alemán, idea que se puede encontrar representada tanto en imágenes como en textos de canciones y en algunos poemas. Quizá la imagen que evoca J. W. von Goethe en su poema “*Die Zerstörung von Magdeburg*” (La destrucción de Magdeburgo) en 1801 reproduce fielmente esta idea de martirio.

O Magdeburg, die Stadt,/ Die schöne Mädchen hat/
Die schöne Frau'n und Mädchen hat,/ O Magdeburg,
die Stadt/ (...) Die Bürger alle fliehn./ Schon fließt
das Blut die Straße hin,/ Wo fliehn wir hin, wohin?/
(...)/ Das Bündelchen es ist nicht dein,/ Du flüchtig
Mägdelein/ Die Weiber bangen sehr,/ Die Mägdelein
noch viel mehr./ Was lebt, ist keine Jungfer mehr./
So raset Tillys Heer.³⁵

²³ Pantle, 2017, p. 78. Salvo indicación contraria, todas las citas traducidas del alemán son de Catalina Soto de Prado.

²⁴ Cf. Schneider, 1997.

²⁵ Lahne, 1931, pp. 191-205.

²⁶ Término que equivaldría a los *Avvisi* o “folios a mano” en español. Véase explicación posterior.

²⁷ Pantle, 2017, p. 79.

²⁸ Burkhardt, 1992, p. 225.

²⁹ Pantle, 2017, p. 80.

³⁰ Schiller, 1879, p. 172.

³¹ Kwiatkowski, 2014/1, p. 20.

³² *Ibidem*, p. 10. Las descripciones de las imágenes que realiza Kwiatkowski en el artículo citado son magistrales.

³³ En alemán el término *Magd* significa doncella y *Burg* castillo.

³⁴ Kwiatkowski, 2014/1, p. 20.

³⁵ “Oh, Magdeburgo, la ciudad/ que tiene bellas jóvenes/ que tiene bellas mujeres y jóvenes/ Oh, Magdeburgo, la ciudad/ (...) Todos los habitantes huyen/ Ya corre la sangre por las calles/ ¿A dónde huimos nosotros, a dónde?/ (...) El pequeño fardo no es tuyo/ tú, pequeña doncella que huyes/ Las mujeres están muy temerosas/ las doncellas todavía más/ En vida no hay ninguna virgen más/ así hace la guerra el ejército de Tilly.”

Por otra parte, desde el punto de vista católico, aparece el asedio de Magdeburgo “como un banquete alegre al que asistieron todos los estados del imperio. La doncella adornada con un collar virginal elige sabiamente bailar con el emperador en lugar de hacerlo con los líderes protestantes”³⁶.

En definitiva, los sucesos de Magdeburgo han sido nucleares en el discurrir histórico de la Guerra de los Treinta Años. La fuerza de los acontecimientos dio paso a la creación de una larga lista de hojas “publicitarias” e imágenes literarias que han perdurado en el colectivo imaginario hasta la actualidad. El dominio protestante de la técnica propagandística sobre el ejército imperial permitió visualizar esa ventaja.

Imagen 2: Grabado al aguafuerte Jan y Caspar Luyken. Eroberung Magdeburgs, 10 de Mayo de 1631. Conquista de Magdeburgo. Berlin, Sammlung Archiv für Kunst und Geschichte.



Imagen 3: Grabado de Daniel Manasses, 1632. La destrucción de Magdeburgo. Fuente: commons.wikimedia.



Imagen 4: Anónimo. Magdeburgo lamenta su violación, 1631. Fuente: John Roger PAAS, *The German Political Broadsheet. 1600-1700*. Vol.5



4. El silencio visual del saqueo de Tirlmont, 1635

También en la Guerra de los Treinta Años, un caso propagandístico diametralmente opuesto fue el del saqueo de Thienen o Tirlmont, una ciudad de los Países Bajos españoles. En mayo de 1635, la situación de estas provincias era extraordinariamente difícil. Don Diego de Luna, capitán de infantería española y gobernador del Fuerte de Burque [Burcht] cerca de Amberes, en una relación de su puño y letra, opinaba que la “conservación” de las provincias obedientes de Flandes en aquellos tiempos de endurecimiento del conflicto, se debía, sobre todo, a la presencia y acertada estrategia defensiva del Cardenal Infante don Fernando:

Si en este año no se hubiera hallado en ellos el infante D. Fernando, que tan victorioso y felizmente llegó a ellos por el mes de noviembre pasado [1634], es cierto que las provincias obedientes hubieran venido a poder de los rebeldes de Holanda y del rey de Francia, según las ligas y confederaciones que habían hecho y los gruesos ejércitos con que entraron en ellos, más S. A., con su valor y prudencia, las conservó y echó (a) los enemigos dellas.³⁷

³⁷ «Relación de la campaña del año 1635, que fue la primera que el serenísimo Cardenal Infante don Fernando tuvo en Flandes, escrita por el capitán don Diego de Luna y Mora, natural de Porcuna, Gobernador del fuerte de Burque [Burcht] en la ribera de Amberes». 1635.

³⁶ Kwiatkowski, 2014/1, p. 14.

Ya desde hacía tiempo, el gobierno de España había intuido con acierto el “rompimiento” de la paz por parte de Francia. Los informes del Cardenal Infante no daban lugar a dudas; todas las acciones llevadas a cabo hasta la fecha por Francia en los Países Bajos españoles habían sido para favorecer al príncipe de Orange en su conflicto con España. A pesar de las continuas provocaciones de Francia en una guerra latente, no declarada, la proclamación formal o rompimiento de la paz con España, el 19 de mayo de 1635, resultó injuriosa para el gobierno de Madrid. Realmente, no sucedía algo similar desde la paz de Cateau-Cambresis en 1559, ratificada por la paz de Vervins de 1598.

Con aquella declaración oficial de guerra, enviada al Cardenal Infante don Fernando y que llevó un heraldo francés hasta Bruselas, se abrió un nuevo frente en la Guerra de los Treinta Años, que ya duraba más de tres lustros, y también en la Guerra de los Ochenta Años, que se prolongaba desde 1568. Con aquel nuevo conflicto emergía una rivalidad enconada, sostenida por las pretensiones francesas de lograr la hegemonía detentada hasta entonces por la Monarquía española.

Si cualquier declaración de guerra debía ir acompañada convenientemente de razonamientos verosímiles y creíbles, la de Luis XIII a España llegó a Bruselas con toda suerte de justificaciones y argumentos. Por un lado, el rey expresaba la obligación de Francia de proteger a su aliado el elector de Tréveris, apresado por tropas españolas en un ataque sorpresa que concluyó con la toma de dicha ciudad en marzo de aquel año. Por otro lado, Francia declaraba la imperiosa obligación de hacer frente a la supuesta pretensión española de invadir Francia apoyando las conspiraciones de la reina madre y las pretensiones al trono de Gastón de Orléans, hermano pequeño de Luis XIII y eterno conspirador contra Richelieu.³⁸ Pero en realidad, fue la batalla de Nördlingen en la que las fuerzas hispano - imperiales destruyeron de forma aplastante al ejército sueco en 1634, la que motivó la decisión de intervención directa de Francia. Tréveris fue la excusa, la victoria de Nördlingen la verdadera causa.³⁹

Francia no declaró la guerra hasta tener asegurado y firmado un nuevo Tratado con las Provincias Unidas que estipulaba la conquista conjunta de los Países Bajos españoles y su posterior división entre ambos. Como primer objetivo estratégico del acuerdo se determinó la rendición de la ciudad de Bruselas, la cual llevaría fácilmente al sometimiento del resto de las provincias.

El mismo 19 de mayo, el ejército francés se dirigió hacia allí, “sin perder ni un solo día”; a partir de entonces, los ejércitos franco-holandeses se movieron a través de varias ciudades. Una de las que no se rindió

fue precisamente la de Tirlemont, como se llamó en España, en el ducado de Brabante. El 8 de junio, el ejército holandés del príncipe Federico Enrique y las fuerzas francesas dirigidas por Chatillon y Breze establecieron su cuartel general en la abadía de Opheylissem, frente a la ciudad, desde donde dirigieron las operaciones de sitio. El sábado 9 de junio, Tirlemont fue tomada por las fuerzas conjuntas neerlandesas y francesas sin mucha resistencia.

Según las relaciones, los dos ejércitos sitiadores unidos contaban con más de 50.000 hombres de infantería y 15.000 de caballería, a los que se sumaron 200 armas de fuego. Federico Enrique exigió la rendición completa de la plaza, como era costumbre antes de proceder al asedio, pero el comandante de Thienen, el español Francisco de la Verga, rechazó categóricamente esta posibilidad e indicó que la ciudad sería defendida hasta el último hombre. Sin embargo, a pesar de que los sitiadores encontraron fuerte oposición, el 9 de junio la ciudad fue fácilmente asaltada. Los habitantes trataron de huir, pero fueron perseguidos.⁴⁰ La ciudad fue tomada y saqueada: “*el enemigo la entró, y ejecutó en la miserable villa enormes crueldades, quemando las iglesias y la mayor parte dellas, matando frailes y violando monjas*”⁴¹.

Quizá la propaganda neerlandesa hizo difundir la noticia de que Federico Enrique había lamentado las violaciones de Tirlemont y, después del fracasado sitio de Lovaina, ordenó que algunos de sus soldados fueran colgados en señal de escarmiento. En su informe a los Estados Generales, culpó al comandante español en Thienen de los excesos, por no haberse rendido a tiempo.

Si la declaración de la guerra por parte de Francia había alimentado una ruptura mental y afectiva con el país vecino, a partir de Tirlemont, esta se acrecentó creando un abismo en las relaciones entre los dos países. Mientras que la corona francesa en sus razonamientos para la declaración de la guerra se basó en argumentos geopolíticos (la defensa de sus aliados por tierras del Imperio), razones de estado (adelantarse a una supuesta invasión española anunciada) o agravios políticomilitares, reales o imaginarios, (la ayuda prestada por Felipe IV a los hugonotes de La Rochelle), los razonamientos empleados por España se basaron, sobre todo, en consideraciones de índole religiosa y moral.⁴² La declaración injusta de la guerra y los sucesos de Tirlemont dieron materia más que suficiente a una pléyade de escritores que decidieron saquear la fama de Francia y elevar la gloria de España. Así lo analizó el profesor Jover en su notable estudio sobre la contienda o polémica desatada por toda una generación de escritores españoles en 1635.

³⁸ Ribot, 2016, p. 520.

³⁹ Jover Zamora, 1949, p. 251.

⁴⁰ Lesaffer, 2006, pp. 87-110.

⁴¹ «Relación de la campaña del año 1635...». 1635.

⁴² Jover Zamora, 1949.

Muchas fueron las crónicas que narraron los sucesos violentos y vejatorios ocurridos en la villa de Tirlemont. Las relaciones del suceso recogieron y aumentaron los estragos ocasionados por la soldadesca, haciéndose eco del grandísimo daño ocurrido no solo a la ciudad con la quema de viviendas, sino a la religión y los religiosos, por cuanto aquellos ejércitos de herejes profanaron los templos y la brutalidad los llevó a las violaciones de religiosas y al “martirio” de sacerdotes. La exageración cumplía uno de los objetivos propagandísticos más utilizados en la época. Fue ahí también donde, según parece, la soldadesca «dio a comer a los caballos... el Santísimo Sacramento del Altar»: una afrenta definitiva. Estos ultrajes fueron propagados por numerosos escritos como el *Discurso Evangélico a los desacatos enormes que hicieron los herejes en Terlimon a Dios Sacramentado, dando el Pan de los cielos a los caballos de su ejército*.⁴³

Además de los sermones sobre Tirlemont, otros polemistas también trajeron a colación excesos o antecedentes semejantes en Bolduque, otra ciudad del Brabante, donde los soldados holandeses habrían convertido la catedral en caballeriza, además de destrozarse las imágenes, expulsar a los religiosos, “solicitar” a las monjas en matrimonio (sic) y apalearse a los mancebos que no renegaban de su religión católica. Algo parecido a lo que habría ocurrido en Malinas, también en una fecha indeterminada, y donde los mismos soldados se habrían divertido lo suyo pegando las formas sagradas en las puertas de las casas o en las sillas de sus monturas. Sin embargo, la tragedia de Tirlemont fue otra cosa, siendo rápidamente elevada a emblema o a categoría. Así, según algunas de las relaciones –contradictorias y sesgadas– de los hechos, el saqueo habría durado cerca de veinte días. Y lo peor es que habría empezado mientras el gobernador español de la plaza, Martín de los Arcos, negociaba la capitulación, “por ser la plaza flaca”.

Si la maquinaria propagandística del Conde Duque alentó y desarrolló la polémica literaria ofensiva antifrancesa, no ocurrió lo mismo con la propaganda visual. La corona española no contrarrestó con firmeza la producción y circulación de panfletos y grabados antihispanos que tanto se desarrolló en la Guerra de los Treinta Años. En el diseño propagandístico del conflicto existió una serie de modelos iconográficos que se repetían con frecuencia. Las pinturas y grabados de las victorias incluían la representación de grandes ejércitos en extensos territorios, cuyo objetivo era mostrar

visualmente el poder de las fuerzas victoriosas a cuyo frente se encontraba un general invicto a caballo en corveta que se vuelve al espectador para poder ser reconocido por la posteridad.

De los cuatro escasos grabados encontrados del asedio de Tirlemont, tres de ellos proceden de Holanda y uno de los Países Bajos españoles. En el grabado holandés de la obra del historiador Isaac Commelin se pueden identificar las tres fases del asedio: En primer lugar, como todo asedio, comenzaba con la llegada de las tropas sitiadoras y el cerco establecido frente a la plaza bien defendida. Uno de los grabados describe esta fase donde puede observarse la ciudad bien amurallada en forma circular, con su foso y dos o tres puertas principales. Por algunas de las puertas menores algunos habitantes huyen del asedio. En un altozano, una mujer a caballo y con alimentos parece también huir del asedio; tres hombres la rodean, uno con intención de buscar comida en un cesto.

Imagen 5: Anónimo. Asedio a Thienen, Bélgica, 1635. Estampa que aparece en el libro de Commelin, Isaac (1598-1676) historiador holandés. *Histoire de La Vie & Actes memorables de Frederic Henry de Nassau Prince d'Orange: Enrichie de Figures en taille douce et fidelement translattée du Flamand en François*. Divisée en Deux Parties Par I., Amsterdam Chéz la Vesve & les Heritiers de Iudocus Ianssonius, 1656, p. 196.⁴⁴



Un segundo grabado es el del Rijksmuseum de Amsterdam en el que se describe con carácter propagandístico una ciudad y unas murallas de la ciudad de Tirlemont tipo medieval. (Vid. Imagen 6) El fuego y la brecha abierta significan la inminente conquista de la ciudad. También las armaduras de los sitiadores hablan de una época anterior, pero no importa para describir la enorme dificultad de abatir la altísima muralla y la bien fortificada ciudad de Thienen. El fuego es un elemento primordial en el asalto a la ciudad.

⁴³ El sermón “Dixole el Padre Geronimo Pardo de los clérigos Reglares Menores, antes Lector de Theologia en la Universidad de Salamanca, ...”. *Sermón a los desagrazos del Santísimo Sacramento, “Unos discursos que prediqué en la solemnidad de Christo Consagrado y ofendido en Tirlemon”*. Impreso en Madrid, el 8 de diciembre de 1635. Con Licencia en Valladolid el 18 de diciembre por Antonio Vázquez de Esparza. Año de MDCXXXV.

⁴⁴ El libro se encuentra en la Biblioteca Nacional de España. La portada y el retrato están firmados por Jacob van Meurs y por Honthorst. El resto de las estampas carecen de firma.

Imagen 6: Tropas holandesas asaltan el muro de Thienen, 1635, Jan Luyken, 1698 (Oproer en Enkhuizen, 1635)



Solo un grabado ha llegado hasta nosotros del asedio de Tirlemont desde la perspectiva de los Países Bajos españoles titulado *Den hollantschen iaw en de fransche*.

Imagen 7: El saqueo de Tirlemont (Bélgica) en una imagen impresa de 1635



El grabado, con una fuerte impronta propagandística, se caracteriza por su simplicidad de trazos en el que se observan las atrocidades cometidas por los franceses y holandeses en Tirlemont. El dibujo muestra un verdadero catálogo de los horrores sufrido por la ciudad.⁴⁵ En un primer plano, aparecen las irreverencias y sacrilegios contra los objetos de culto, particularmente con un ostensorio donde está el

⁴⁵ El grabado anunciaba: Los sacrilegios que Mos de Xantillon hizo en la ciudad.

Santísimo Sacramento que es pisoteado por un soldado; en el mismo primer plano, se ven por el suelo objetos litúrgicos, cruces y libros sagrados. Una imagen de la Virgen procesional es tiroteada por un soldado a caballo, que está en el centro de la escena, y al mismo tiempo es alanceada por otro con una pica o lanza. En segundo plano, se observa la violencia contra la población que soporta vejaciones de todo género: mujeres con niños tratando de huir, hombres atados y torturados, una monja solicitada por varios hombres, etc. Y, finalmente, en un tercer plano la iglesia y otras construcciones devoradas por las llamas, uno de los elementos clave en el saqueo de Tirlemont.

5. Conclusiones

Tras el examen realizado sobre cómo se han visto a lo largo de la historia tres sucesos bélicos ocurridos en la Europa de la época moderna, se pueden extraer varias conclusiones. Por un lado, que la divulgación de los hechos militares de la Guerra de los Treinta Años mediante diversos tipos de imágenes y textos contribuyó a intensificar las hostilidades entre los campos protestantes y católicos en el Imperio exacerbando aspectos sociales, culturales y religiosos diferenciadores entre ellos. Por otro que, a pesar de la diferente casuística bélica de los sucesos de 1576, 1631 y 1635, todos tienen en común el uso que se hizo de estos como propaganda de guerra por parte de los príncipes y gobernantes de los siglos XVI y XVII integrándose esta como un elemento nuevo en el desarrollo de conflictos a partir de entonces.

En definitiva, el análisis realizado induce a pensar que el uso de la imagen a nivel periodístico mediante la creación y difusión de grabados de los sitios y saqueos se puede asociar con una falta de "objetividad" en la presentación de los acontecimientos. Concretamente, las *Flugblätter* hacen referencia a la unión de texto e imagen y es quizá el formato más significativo de la propaganda de los siglos XVI y XVII. Estas se utilizaron en las confrontaciones políticas y religiosas de la época, informaron sobre acontecimientos extraordinarios, conformaron ideas morales, ofrecieron a sus lectores consuelo y orientación religiosa e hicieron publicidad de productos de comerciantes ambulantes. Los dibujos servían como punto de atención ayudando a los analfabetos a entender su contenido. Para ello hay que tener en cuenta que la impresión de estos documentos era relativamente asequible y con su combinación de imagen, texto y, en algunos casos letras de canciones, pusieron tono a sus afirmaciones de forma "pegadiza" o fácil de retener. Podríamos denominarlos los "multimedia" de la modernidad.

Entre los propagandistas protestantes destacaron aquellos más radicales, y también los más activos, que intentaron cambiar las actitudes

protestantes moderadas hacia los gobernantes católicos alemanes y los aliados extranjeros a través de una campaña cohesiva y sofisticada de difusión de textos e imágenes. Su objetivo era lograr persuadir a los protestantes alemanes para que apoyaran a los gobernantes extranjeros que intervenían en el conflicto respaldando su causa, y que los líderes católicos tanto alemanes como extranjeros debían ser rechazados por la crueldad con que trataban a la población local. Se buscaba convencer de que la resistencia a la autoridad Imperial estaba justificada y, por tanto, se trataba de una guerra justa.

Por último, parece claro que cada contendiente hizo un uso propagandístico propio, y muchas veces sesgado, de los acontecimientos bélicos. Es palpable el retraso de los estados católicos desde el punto de vista comunicativo, propiciado por la división y los enfrentamientos entre sus integrantes. Los estados católicos abordaron de forma diferente la propaganda bélica. España no tuvo un papel relevante a nivel de creación de una corriente ideológica por parte del estado. Hay que tener en cuenta que las batallas, saqueos y asaltos no se

produjeron en la península ibérica hasta la década de 1640, sino en territorios alejados por lo que el impacto psicológico de los sucesos en la población española fue escaso. Sí se produjo una reacción del estado a nivel intelectual, promocionando entre los escritores de la época una literatura basada en los hechos bélicos europeos tendente a justificar la participación de la monarquía española en la guerra de los Treinta Años. Por el contrario, Francia, Saboya o Venecia, también católicos, usaron la propaganda en contra de los Habsburgo como arma política, uniéndose para ello en muchas ocasiones a la ayuda, promoción y difusión de la realizada por parte de los protestantes. El Papado comenzó a articular su músculo propagandístico mucho más tarde que los protestantes, una vez iniciado el concilio de Trento y la reforma interna de la Iglesia. Sólo entonces y gracias a las dinámicas energías de los jesuitas, pudo comenzar a responder con eficacia a las ideas protestantes, aunque nunca alcanzó los niveles de eficiencia y penetración de la propaganda protestante.

Referencias

- Anónimo, Particolare relazione di nouvi tumulti suscitati in Fiandra, Avvisi dell'anno 1576 all'anno 1577. Van Houtte Hubert. *Un journal manuscrit intéressant (1557-1648)*. — *Les Avvisi du Fonds Urbinat et d'autres Fonds de la Bibliothèque Vaticane*. Bulletin de la Commission royale d'histoire. Académie royale de Belgique. Tome 89, 1925.
- Burkhardt, J. (1992). *Der Dreißigjährige Krieg*. Frankfurt am Main, New York.
- Cámara Muñoz, A. (2013). La fortificación: el imperio de la geometría. *Historia militar de España*, Vol. 3, Tomo 2 (Escenario europeo / coord. por Luis Antonio Ribot García), pp. 342-372.
- Cavina, M., De Praeda Militari, geometrías de la ilicitud del saqueo en la cultura jurídica entre la Edad Media y la Moderna. *Historia e ius*, 6/2014, p. 9-22.
- Eekhout, M. Furies in beeld. Herinneringen aan gewelddadige innames van steden tijdens de Nederlandse Opstand op zeventiende-eeuwse schilderijen. *De Zeventiende Eeuw. Cultuur in de Nederlanden in interdisciplinair perspectief*, 2014, 30 (2), pp. 243-266.
- Enríquez de Villegas, Diego, *Academia de fortificación de plazas y nuevo modo de fortificar*, Madrid, 1651.
- Friese, Johan Daniel, Merkwürdige Begebenheiten des Oberstadtschreibers Daniel Friese, bei der Eroberung der Stadt Magdeburg, erzählt von seinem Sohn, Johann Daniel Friese. Friedrich Wilhelm Hoffmann (Ed.), *Geschichte der Stadt Magdeburg: nach den Quellen bearbeitet*, Band 3. Magdeburg, 1850.
- Jover Zamora, J. M^a., 1635. *Historia de una polémica y semblanza de una generación*. Madrid, 1949, Fundación Española de Historia Moderna /CSIC, 2003.
- Kunzle, David (ed.). (2002). *From criminal to courtier: the soldier in Netherlandish art 1550-1672*. Brill.
- Kwiatkowski, Nicolás, Representaciones de la destrucción de Magdeburgo en 1631: entre el conflicto abierto y la condena de guerra. *Tiempos Modernos*, n^o 28, 2014/1.
- Lahne, Werner, *Magdeburgs Zerstörung in der zeitgenössischen Publizistik*. Tesis doctoral, Magdeburg, 1931
- Larmuseau, Maarten HD, et al. The black legend on the Spanish presence in the Low Countries: Verifying shared beliefs on genetic ancestry. *American Journal of Physical Anthropology*, vol. 166, issue 1, 2018, p. 219-227.
- Lesaffer, Randall, Siege Warfare and the Early Modern Laws of War. Erik-Jan Broers, Beatrix Jacobs and Randall Lesaffer (eds.) *Ius Brabanticum, Ius Commune, Ius Gentium: Opstellen aangeboden aan prof. mr. J.P.A. Coopmans ter gelegenheid van zijn tachtigste verjaardag*, Nijmegen, Wolf, 2006, pp. 87-110.
- Lynn, John A. *Giant of the grand siècle: the French Army, 1610-1715*. Cambridge University Press, 2006.
- Martínez Ruiz, Enrique, La crisis de los Países Bajos a la muerte de D. Luis de Requesens. *Chronica nova: Revista de historia moderna de la Universidad de Granada*, 1973, n^o 8, p. 5-34.
- Mora Piris, Pedro, Tratados y tratadistas de fortificación: siglos XVI al XVII. *Cartografía histórica en la Biblioteca de la Universidad de Sevilla*. Universidad de Sevilla, 2010.
- Otto Von Guericke *Geschichte der Belagerung, Eroberung und Zerstörung Magdeburgs*. Friedrich Wilhelm Hoffmann (Ed.), Magdeburg, 1860.
- Pantle, C. (2017). *Der Dreißigjährige Krieg. Als Deutschland im Flammen stand*. Ullstein Buchverlage GmbH, Berlin.
- Ribot, Luis, *La Edad Moderna (siglos XV al XVIII)*. Madrid, 2016.
- Rojas, C. de (1598). *Teoría y práctica de la fortificación*. Libro segundo.
- Schepper, H. (1992). La guerra de Flandes, una sinopsis de su leyenda negra. *Contactos entre los Países Bajos y el mundo ibérico*.
- Schiller, F. (1879). *Geschichte des dreißigjährigen Krieges. Schillers Sämtliche Werke*. Dritter Band. Cotta'sche Buchhandlung, Stuttgart, 1879.
- Schneider Ditmar, *Otto von Guericke. Ein Leben für die alte Stadt Magdeburg*. 2. Auflage. B. G. Teubner Stuttgart Leipzig, 1997.
- Tracy, James D. *The Founding of the Dutch Republic. War, Finance, and Politics in Holland 1572-1588*, Oxford, 2008.
- Van Houtte J.-A. Bruges et Anvers, marchés « nationaux » ou « internationaux », du XIVE au XVIe siècle. *Revue du Nord*, tome 34, n^o134, Avril-juin 1952, pp. 89-108.
- Volkholz, Robert, *Jürgen Ackermann, Kapitän beim Regiment Alt-Pappenheim 1631*. Halberstadt: J. Schimmelburg, 1895.